

## **Los padres podemos prevenir el abuso**

Por Mar Muñoz-Visoso

No es fácil hablar de abuso sexual en ninguna cultura. Entre muchas familias Hispánicas éste es todavía un tema tabú. Pero debemos hablar de ello si queremos ayudar a prevenirlo.

Como padres con hijos todavía pequeños, a mi esposo y a mí nos asusta la estadística que dice que una de cada cinco niñas y uno de cada seis niños son abusados sexualmente antes de cumplir 18 años.

Ambos tuvimos la suerte de crecer en un ambiente sano donde había ciertas normas sagradas en el trato con los adultos. Pero a lo largo de mis años en el ministerio pastoral me he encontrado con las confidencias de numerosos jóvenes y adultos que fueron abusados de pequeños.

Hoy pienso en el preadolescente abusado por un tío en México, en el dolor, los años de tratamiento psicológico y la ansiedad que este horrible atentado contra su dignidad le han causado; en la joven latina de California entusiasmada con el prospecto de que un joven “con buenas intenciones” la pretendía en matrimonio, pero con miedo de abrirse a una relación debido a las secuelas causadas por una violación; y en la muchacha que en un momento de intimidad y oración confesó en un retiro que había sido abusada repetidamente por su propio padre.

Mi corazón clama todavía hoy de rabia por ellos, mas no de impotencia. Como padres, y como agentes pastorales, podemos y debemos hacer algo para prevenir casos como estos. Las herramientas existen y hoy, más que nunca, están a nuestro alcance.

La primera de ellas es estar informados. Agradezco a la Iglesia todo el esfuerzo de informar a los padres, al personal parroquial y diocesano y a los voluntarios sobre cómo detectar posibles indicadores de abuso, relaciones inapropiadas, y cómo actuar ante la sospecha de abuso. Yo tomé los cursos de “Safe Environment” unos años atrás en Denver, pero prácticamente todas las diócesis del país tienen programas similares gracias al *Estatuto para la Protección de Niños y Jóvenes* (<http://www.usccb.org/ocyp/chartersp.pdf>) establecido en 2002.

Así que no tenemos excusa. Ni siquiera el idioma es excusa. Los padres que no hablan inglés deben exigir que esa información se les provea también en su idioma. Pero mientras los materiales y las presentaciones se van haciendo disponibles en nuestro idioma, en las comunidades podemos buscar soluciones creativas para informarnos y diseminar la información a otros. Nada debe detener a un padre o una madre en pie de guerra contra los pederastas.

Y señoras, si sus maridos son de los que de plano “no” hablan de estas cosas, busquen formas de atraerlos a los cursos; léanles la información; denles lata hasta que les duelan los oídos. Nuestros hijos lo merecen.

También los niños en muchas diócesis están aprendiendo, a su nivel, cosas como que nadie tiene derecho a tocarles, cómo defenderse de un adulto que les esté haciendo sentir incómodos, a buscar una persona que les de confianza para hablar, que hablar es bueno y que no es culpa de ellos si un adulto se comporta de forma inadecuada. Esto es importante, pues el sentimiento de culpabilidad y el chantaje afectivo son resortes que a menudo usan los pederastas.

El escándalo de los abusos sexuales por parte miembros del clero, y la forma defectuosa en que se ha tratado con este problema en el pasado, es una desgracia que ha hecho mucho daño a las víctimas y a la Iglesia en general. Sin embargo, también es cierto que ninguna otra institución en este país, pública o privada, ha hecho el esfuerzo de prevención e información que ha hecho la Iglesia en los últimos años.

Como padres, sin embargo, nos preocupa que el abuso sexual de menores no es un problema sólo en la Iglesia. Los datos muestran que este es un problema social que ocurre en muchos otros ambientes (guarderías, escuelas públicas, clínicas, hospitales, campamentos de verano, la misma familia) y muchas veces en mayor medida que en la Iglesia aunque con mucha menos publicidad.

La mayoría de nosotros tiene a sus hijos en escuelas públicas. Estas deberían regirse por los mismos estándares que se exigen a iglesias y escuelas privadas. Debemos demandar de nuestros legisladores leyes que castiguen por igual a las personas que cometen estos actos horribles, independientemente de dónde los cometieron. ¿Es un pederasta menos culpable por abusar de un niño sirviéndose de su posición en una institución pública? ¿Es el dolor que causa más soportable? ¿Menor la responsabilidad de quien a sabiendas lo encubre o mira para otro lado? Cuando se trata del bienestar físico y emocional de nuestros hijos no caben dobles estándares.

Por nuestra parte mi esposo y yo no estamos dispuestos a que nuestros hijos se conviertan en una estadística más. No si podemos evitarlo con información, diálogo y mucha, mucha oración.

*Mar Muñoz-Visoso es subdirectora de Prensa y Medios de la Conferencia de Obispos de Estados Unidos.*

